

Anhelos, intereses, desconfianza

Frágil esperanza de paz con los kurdos

por Kendal Nezan*

El problema que vició más profundamente la vida política en Turquía es el del estatuto y porvenir de los millones de kurdos que viven en ese país. Ankara intentó, sin éxito, poner fin a sus aspiraciones. En 2012, entabló negociaciones con el Partido de los Trabajadores del Kurdistán, pero las necesidades de política interna y el conflicto sirio reavivaron el enfrentamiento.

El [ex] primer ministro [actual presidente], Recep Tayyip Erdogan, rompió uno de los tabúes más tenaces de la vida política turca al entablar negociaciones directas con el jefe del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), Abdullah Öcalan –actualmente en prisión– para negociar el fin de un conflicto que asola las provincias kurdas del país desde 1984.

Después de treinta años de despiadados enfrentamientos que dejaron un saldo de cuarenta mil muertos –el 90% kurdos– y que costaron al presupuesto del país más de 400.000 millones de dólares, las partes en conflicto finalmente comprendieron que no existe una solución militar para la cuestión kurda. A pesar del apoyo político de los aliados occidentales, el segundo ejército de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) no logró vencer –y menos aun erradicar– a la guerrilla del PKK. Ésta, por su parte, constató que era imposible imponer por las armas la creación de un Kurdistán independiente poniendo en cuestión las fronteras establecidas. Su objetivo declarado se redujo a una “autonomía democrática” en una Turquía democrática. Con un objetivo de estas características, que podría alcanzarse de manera pacífica, la lucha arma-

da se ha vuelto absurda y contraproducente, incluso para muchos de sus partidarios.

Esta doble constatación incita a los realistas de ambos bandos a buscar un acuerdo; una empresa difícil, considerando los numerosos obstáculos que existen tanto dentro como fuera de las fronteras del país.

Un largo sufrimiento

La opinión turca, formateada durante varias décadas por medio de un lavado de cerebro nacionalista, se encuentra dividida. Según las encuestas de opinión, alrededor de un 60% de los turcos apoyan la iniciativa de paz del [ex] Primer Ministro, pero para una facción radical, cercana al partido de extrema derecha de la Acción Nacionalista (MHP), se trata de una traición. El principal partido de oposición, el Partido Republicano del Pueblo (CHP, en turco), fundado por Mustafa Kemal Atatürk y heredero de su nacionalismo jacobino y receloso, criticó severamente las “negociaciones secretas con el jefe de la organización terrorista”. Por su parte, muchos antiguos izquierdistas convertidos al nacionalismo denunciaron un “complot del imperialismo para crear un Kurdistán independiente”. Los halcones de la organización secreta y tentacular Ergenekon, una suerte

de Gladio (1) turco, aún conservan cierta influencia en el ejército y los servicios de inteligencia y disponen de la capacidad para montar provocaciones y sabotear el proceso en curso. Se les atribuye particularmente el asesinato de tres militantes kurdos, en París, el 9 de enero de 2013, entre las que se encontraba Sakine Cansiz, figura histórica del PKK.

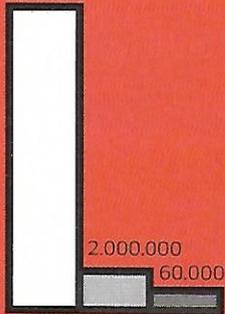
Para convencer a los reticentes y popularizar su “proceso de paz”, Erdogan movilizó el poderoso aparato militante de su partido así como unos cincuenta “sabios”: escritores, artistas y personalidades de la sociedad civil que recorren el país abogando por la reconciliación kurdo-turca.

Entre los kurdos, el anhelo de una solución pacífica es masivo, como se pudo constatar el 21 de marzo de 2013 durante la celebración del Newroz –el Año Nuevo tradicional– en Diyarbakir, la capital kurda, donde una multitud –alrededor de un millón de personas, según los medios de comunicación– acogió favorablemente el llamado a terminar con la lucha armada y a la reconciliación lanzado por Öcalan. La población que pagó un alto precio en esta guerra dura es la cual el ejército turco, en el marco de esta estrategia contra la insurrección, evacuó

Minorías

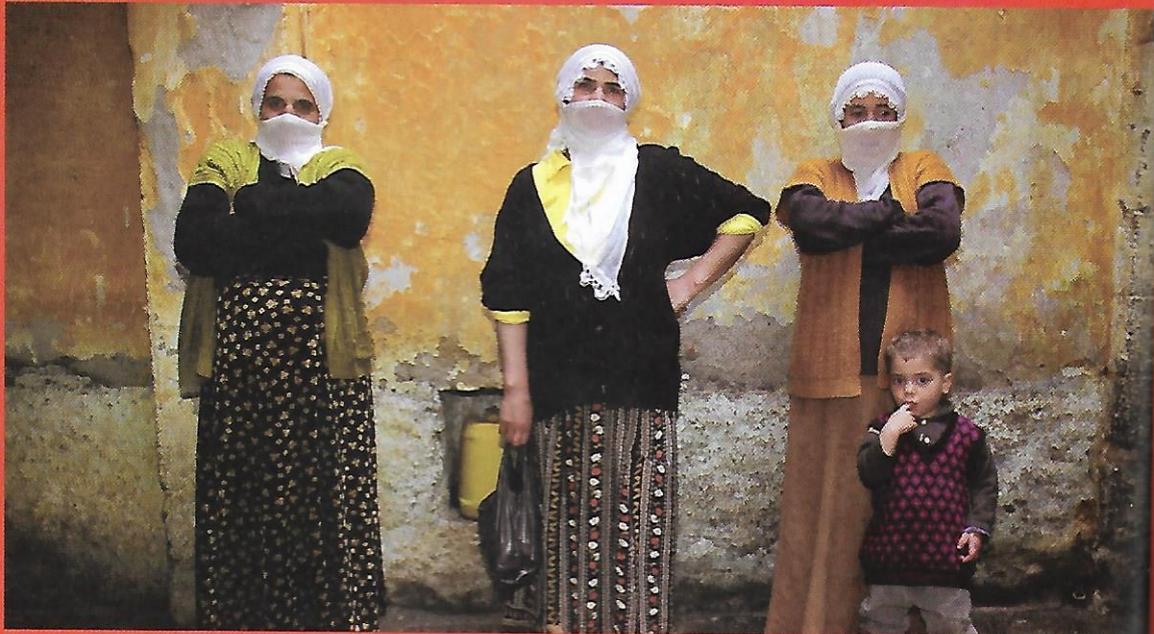
(2010)

18.000.000



■ Kurdos
■ Gitanos
■ Armenios

© Eri Kasli / VII / Corbis / Laifnetork



Desplazados. Durante su “guerra sucia” contra la guerrilla del Partido de los Trabajadores del Kurdistan, el ejército turco destruyó miles de pueblos, forzando a sus habitantes a abandonar sus casas y desplazarse a las ciudades.

Avance electoral

Liderado por Selahattin Demirtas, el Partido Democrático de los Pueblos (HDP, en turco), de izquierda y prokurdo, logró un formidable resultado en las elecciones legislativas del 7 de junio de 2015 al obtener el 13% de los sufragios y superar la barrera del 10% que impide a un partido ingresar al Parlamento. Se aseguró así la presencia de 80 diputados (sobre 550).

→ y arrasó tres mil cuatrocientos pueblos kurdos, desplazó a dos millones de civiles y destruyó la economía agropastoral que garantizaba la autosuficiencia alimentaria del Kurdistan, ha sufrido mucho. Aspira a la paz y se lo ha hecho saber a sus dirigentes políticos, conminándolos a evitar cualquier tipo de radicalización.

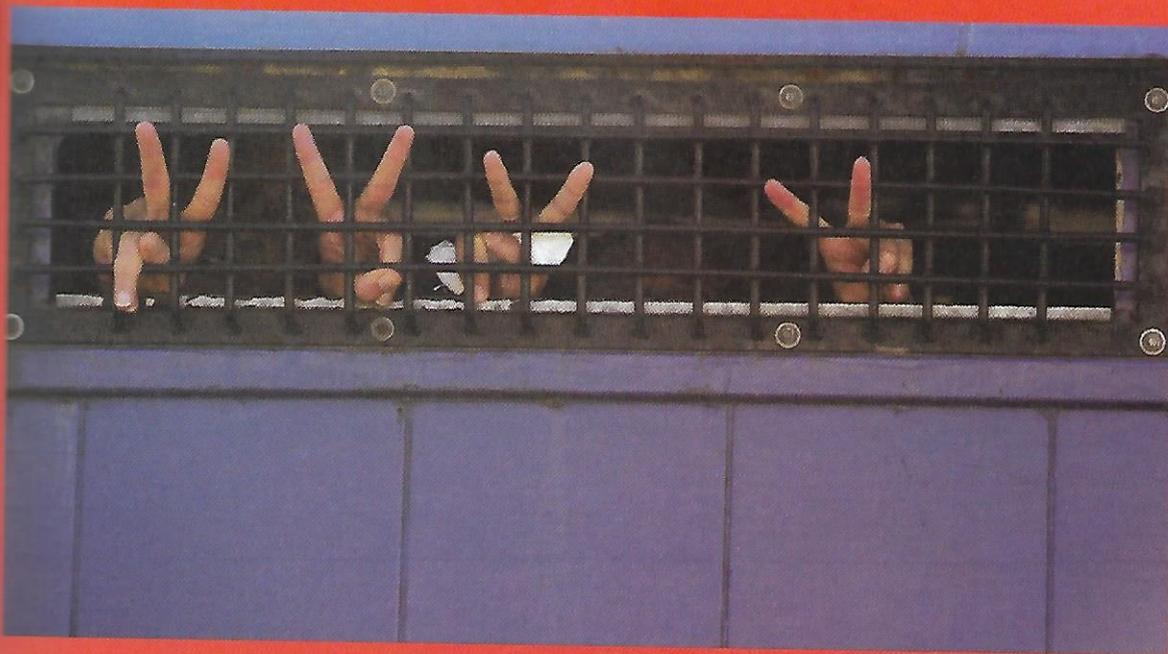
A pesar de sus reservas y reticencias, los comandantes militares del PKK, conscientes de este estado de ánimo y de las esperanzas generadas por el diálogo entre Ankara e Imralı —la isla prisión en la que está detenido Öcalan—, respondieron favorablemente al llamado de su jefe a retirarse de Turquía. Los primeros grupos llegaron al Kurdistan iraquí el 8 de mayo de 2013. No obstante, se niegan a deponer las armas hasta que sus reivindicaciones no hayan sido satisfechas.

Dichas demandas se centran en el reconocimiento constitucional de la identidad kurda y los derechos culturales y lingüísticos que se desprenden de ésta, así como en una descentralización real del país, que dé inicio a la “autonomía democrática”.

Este reconocimiento, sumado a una amnistía política general, podría convencer a los combatientes del PKK de que depongan las armas y así transformar la actual tregua en un fin definitivo para esta guerra, que ya lleva treinta años. Luego habría que poner en marcha un verdadero plan de desarrollo económico para disminuir el retraso considerable que presentan las regiones kurdas, en las que el ingreso por habitante apenas alcanza el 25% del de las provincias occidentales del país.

Sin embargo, algunos responsables del PKK y numerosos militantes kurdos aún desconfían del poder central. Recuerdan como, durante la guerra de la independencia, el fundador de la República Atatürk, había prometido un Estado común para turcos y kurdos, donde estos pudieran gozar de una amplia autonomía, y también como se desdijo luego de obtener la victoria. Llegó a prohibir la lengua, las escuelas y los periódicos kurdos en su afán de crear una nación homogénea con una única lengua y una única cultura.

Desde ese entonces y con cierta regularidad, sobre todo en época electoral, los dirigentes turcos prometen el oro y el moro a “nuestros hermanos kurdos”, hasta que pasan las elecciones y olvidan que ellos mismos llaman “mentiras grises”. Sólo en los años noventa, se suceden los ejemplos. El primer ministro Süleyman Demirel —quien luego fue presidente de la República— declaró en Diyarbakır en 1992: “Turquía reconoce hoy su realidad kurda”. Dos años más tarde, su sucesora, Tansu Çiller, evocaba “el modelo vasco para solucionar la cuestión kurda”, antes de que el ejército la llamara al orden y debiera cubrir la “guerra total” que éste había emprendido. Asimismo, en 1998, otro primer ministro turco, Mesut Yılmaz, declaró solemnemente que la ruta de Bruselas [de la Unión Europea] pasa por Diyarbakır” y prometió ambiciosas reformas que siquiera comenzaron a realizarse. El propio Erdogan había lanzado, en agosto de 2009, una “apertura kurda” ampliamente mediatizada, que quedo en promesas. Hay que decir a su favor que en esa época



Presos. Miles de kurdos se encuentran detenidos en las cárceles turcas en condiciones deplorables. En 2012, centenares de ellos lanzaron una huelga de hambre que duró varias semanas, reclamando la liberación de su líder, Abdullah Öcalan.

debía transigir con una jerarquía militar nacionalista que aún ejercía su tutela sobre las decisiones estratégicas del país.

Estos reparos, las maniobras de la extrema derecha y de los partidarios del *statu quo*, que se ven beneficiados con la guerra, las intrigas de Irán y Siria, que tienen enlaces en Turquía y en la propia dirección del PKK, ¿podrán quebrar el frágil, pero prometedor proceso de paz en curso? Dependerá, en gran medida, de la capacidad de Erdogan para darle a su proyecto de reconciliación un contenido concreto y substancial, capaz de interpelar a la población y de su habilidad para aprovechar las enseñanzas que dejaron los intentos abortados en el pasado reciente.

Mecanismo devastador

La tentativa más memorable fue la del presidente reformador, Turgut Özal, quien ya había comprendido, veinte años atrás, que la cuestión kurda era eminentemente política y no podía resolverse de manera militar. Había solicitado la mediación del líder kurdo Jalal Talabani, quien más tarde fuera presidente de Irak, para intentar entablar negociaciones con el jefe del PKK, en ese entonces con base en Damasco. Özal, que declaraba estar dispuesto a discutir todas las opciones posibles, incluso la de una federación turco-kurda, murió súbitamente en abril de 1993, en pleno proceso de negociación. Según su familia, fue envenenado por los ultras del ejército, quienes se oponían con ferocidad a cualquier tipo de reconocimiento de los kurdos en Turquía. Un equipo de médicos forenses confirmó re-

cientemente la teoría del envenenamiento. Se está llevando a cabo un proceso para identificar y juzgar a los autores de este presunto asesinato.

Educados desde niños en el culto de la omnipotencia de su ejército, guardián autoproclamado de la ideología nacionalista de Atatürk, fundador y “padre de la nación turca”, la gran mayoría de los turcos creían entonces en la victoria militar “próxima y definitiva” que sus generales les prometían año tras año. Los contestatarios, considerados globalmente como “traidores”, “enemigos internos” o “aliados del terrorismo”, eran llevados ante los tribunales de seguridad del Estado y condenados a largas penas de cárcel. Varios diputados –entre ellos, Leyla Zana, primera mujer kurda diputada, ganadora del Premio Sájarov a la libertad de conciencia, otorgado por el Parlamento Europeo– debieron pasar diez años en prisiones turcas de siniestra reputación junto con cientos de periodistas, abogados, escritores y sindicalistas condenados por delito de opinión. Otros, al ser menos conocidos, tuvieron menos “suerte” y fueron fríamente ejecutados por los diversos escuadrones de las fuerzas paramilitares turcas durante la “guerra sucia” que siguió a la muerte de Özal. Las organizaciones de derechos humanos calculan en diecisiete mil el número de civiles kurdos asesinados, entre los que se cuentan médicos, abogados, estudiantes y hombres de negocios.

Lejos de quebrar la resistencia kurda, esta “guerra total” preconizada por los ultras del ejército y glorificada por los medios de comunicación a su servicio no hizo más que polarizar la sociedad. En un país →

“GUERRA SUCIA”

1978

Rebelión

Nace el Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK), que reivindica la lucha armada. Lleva a cabo sus primeras acciones en 1984.

1992

Represión

El ejército turco lanza una ofensiva contra el PKK en territorio iraquí. A partir de 1993, sus escuadrones de la muerte siembran el terror en las regiones kurdas de Turquía.

1999

Condena

En febrero, el líder del PKK, Abdullah Öcalan, es detenido en Kenia con la ayuda de la CIA y el Mossad. Es condenado a muerte, pero se le conmuta la pena en 2002.

2000

Tregua

El 9 de febrero, el PKK anuncia el fin de la lucha armada.

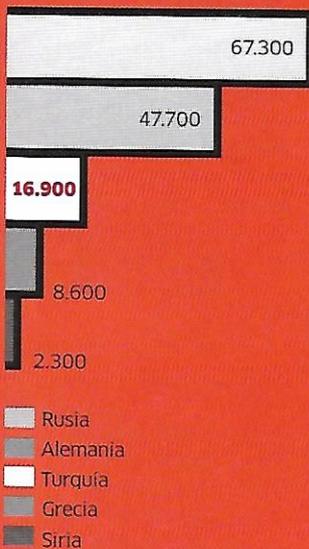
2012

Negociaciones

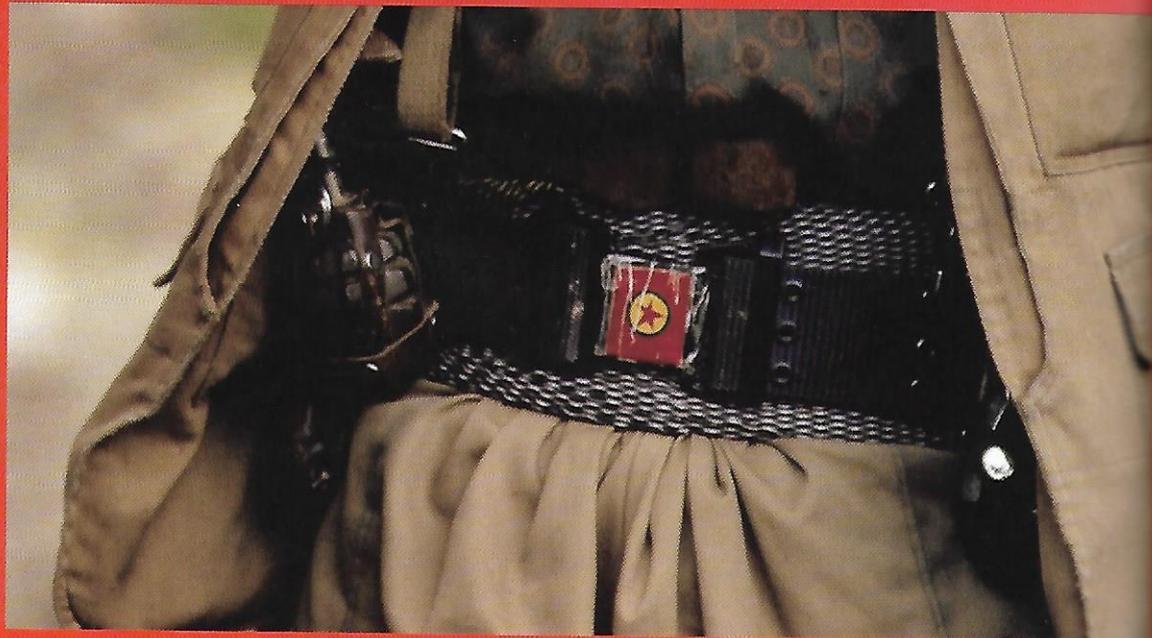
Tras el inicio de negociaciones entre el gobierno y Öcalan en diciembre, el líder rebelde llama a una nueva tregua en marzo de 2013. En julio de 2015 se renuevan los enfrentamientos.

Presupuesto militar

(promedio anual 2005-2014, en millones de dólares de 2011)



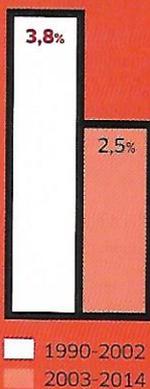
© Richard Wayman / Sygma / Corbis / Laifistock



Lucha armada. De inspiración marxista-leninista, el Partido de los Trabajadores del Kurdistan ingresó en la lucha armada en 1984 en reclamo de un Estado kurdo independiente. El conflicto con el Estado turco causó más de 40.000 muertes.

Gasto en defensa

(como porcentaje del PIB)



→ donde más de un tercio de los dieciocho millones de kurdos de Turquía vive en las grandes metrópolis del Oeste –casi tres millones en Estambul–, estallaron, en todas partes, enfrentamientos entre kurdos y turcos que presagiaban un serio riesgo de conflicto étnico de consecuencias inimaginables.

En 1999, el arresto de Öcalan, que se llevó a cabo en Kenia con el apoyo de la CIA y el Mossad israelí, y la tregua unilateral decidida por el PKK a pedido de su jefe detuvieron este mecanismo potencialmente devastador. La llegada al poder, en 2002, del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), la formación islamista-conservadora de Erdogan, modificó el tablero al iniciar una transformación progresiva de la vida política y cultural del país, acompañada por un desarrollo económico sostenido.

Así, Turquía cambió mucho en la última década. Erdogan demostró tener una amplia cintura política: logró que el ejército regresara a sus cuarteles y puso fin a su opresiva tutela sobre la vida política del país. Actualmente, decenas de generales se encuentran tras las rejas acusados de complot e intentos de golpe de Estado. El nacionalismo turco laico, pero jacobino e intolerante, de Atatürk retrocede ante el neotomanismo socialmente conservador y económicamente liberal del AKP, que se adecua a los anhelos de diversidad cultural de la población. En este sentido, el gobierno de Erdogan, que creó una cadena de televisión estatal en kurdo y departamentos de kurdología en algunas universidades, bien podría aceptar el reconocimiento de los derechos culturales y lingüísticos ampliados, pero individuales, sin llegar, por

el momento, al reconocimiento de un pueblo o una comunidad kurda históricamente constituida. La que representa bastante poco para los dieciocho millones de kurdos de Turquía que reivindican como mínimo un sistema público de enseñanza en lengua kurda para garantizar la supervivencia de su lengua y su cultura milenarias y que reclaman la autonomía administrativa de su región. Pedido tanto más legítimo en la medida en que la propia Turquía exige, por su parte, un estatuto de confederación para los algo más de ciento ochenta mil turcos de Chipre y teniendo en cuenta que los cinco millones de kurdos de Irán gozan de un estatuto federal desde que, en 2005, se adoptó la nueva Constitución ratificada por más del 80% de los electores iraquíes.

Importancia geopolítica

Una coyuntura regional turbulenta y los desafíos de calendario político interior –entre ellos, el debate sobre el proyecto de Constitución y las elecciones de 2014– obligaron a Erdogan a profundizar su búsqueda de consenso. Además, pudo constatar que la arrogante política exterior turca, determinada por una estrategia de “cero problemas con los países vecinos”, no tuvo el éxito esperado. A pesar de los sustanciales intercambios comerciales realizados con Irán, este país se ha vuelto más que nunca un rival que disputa con violencia la influencia turca en el Cáucaso, Asia Central y Medio Oriente. El coqueteo con Siria duró poco y Turquía se convirtió de hecho en la potencia de retaguardia y la mayor protectora de la oposición armada al régimen de Damasco. Las relaciones

En Armenia siguen siendo mediocres a causa de la cuestión del Alto Karabaj, que opone a los armenios con los “hermanos azeríes” de los turcos. La cuestión apropiada está en punto muerto.

En cuanto a Irak, donde Ankara esperaba desempeñar el papel de “hermano mayor equidistante respecto de todas las comunidades”, el desencanto fue mayor. Luego de la partida de los estadounidenses, el gobierno de Bagdad, de mayoría chiita, entró bajo la órbita de Teherán y, de esa manera, se convirtió en un eslabón importante del eje Teherán-Bagdad-Damasco-Hezbollah.

Perdido por perdido, Erdogan se resignó a ocupar el lugar de protector de los sunnitas de Irak. Sin embargo, estos están divididos y en plena insurrección y, en el fondo, no sienten demasiada simpatía por los turcos, quienes ocuparon el mundo árabe por cuatro siglos.

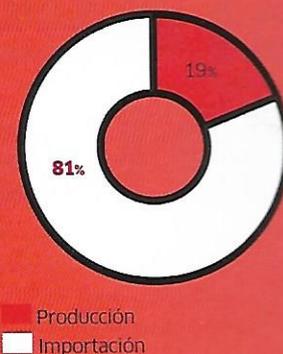
Asimismo, Turquía ha podido constatar con amargura que, a pesar de sus logros en materia económica y su sistema político laico y pluralista –que suele citarse como ejemplo ante el mundo árabe musulmán–, ninguno de los regímenes nacidos de las “primaveras árabes” quiso adoptar el “modelo turco”. Y la Unión Europea no tiene ningún apuro en recibirla en su seno.

10.000 y 20.000 millones de dólares en su factura energética, según las estimaciones, y podría reducir sensiblemente su dependencia de Irán y Rusia, sus rivales históricos.

Si para el futuro Enrique IV, París bien valía una misa, para un Erdogan debilitado por las manifestaciones de la Plaza Taksim en la primavera de 2013 (2), los recursos energéticos y el potencial comercial del Kurdistán bien valen un acuerdo con los kurdos. Además, una alianza de esas características le permitiría obtener el apoyo de la treintena de diputados kurdos del Partido Paz y Democracia (BDP) que necesita para que se adopte su proyecto estrella: la primera Constitución civil en la historia del país, que prevé un sistema presidencial especialmente valorado por Erdogan. Por otra parte, el ala siria del PKK, el Partido de la Unión Democrática (PYD), que junto con sus aliados del Consejo Supremo Kurdo administra de hecho las regiones kurdas de Siria, dejaría de representar una amenaza y podría convertirse en un aliado de Turquía capaz de federar otras minorías en la coalición siria.

Una reconciliación entre turcos y kurdos ampliaría la base electoral del AKP, el cual, a falta de una alternativa creíble, podría conservar el poder durante aun más tiempo. Pero por sobre todas las cosas, re-

Dependencia energética
(en porcentaje, petróleo, carbón y gas en toneladas equivalentes de petróleo)



El objetivo declarado del PKK se redujo a una “autonomía democrática”. La lucha armada se ha vuelto contraproducente.

En definitiva, la nueva política exterior turca de apertura en todos los niveles obtuvo un único gran éxito: la normalización de las relaciones con el Kurdistán iraquí, bajo la doble influencia de los hombres de negocios turcos que intuyeron el considerable potencial económico de la región kurda y de los dirigentes kurdos iraquíes que buscaban una puerta de salida para su entidad enclave.

La visita de Erdogan a Erbil, capital del Kurdistán, en 2010, constituyó el puntapié inicial de un proceso que fue transformándose con rapidez en una cooperación económica y política mutuamente ventajosa. Con un volumen de intercambios de 8.000 millones de dólares, el Kurdistán se convirtió, en 2011, en el décimo socio comercial extranjero de Turquía. Más allá de un comercio floreciente, lo que le interesa a una economía turca energívora y en pleno crecimiento son los recursos energéticos del Kurdistán. El Kurdistán iraquí cuenta con reservas comprobadas de 45.000 millones de barriles de petróleo y gigantescos yacimientos gasíferos capaces de alimentar una buena parte del sur de Europa a través del gasoducto Nabucco, por lo que la región se ha convertido en un actor energético, pero también geopolítico, de peso. El acceso a esos recursos le permitiría a Turquía ahorrar, mal que bien, entre

forzaría considerablemente el peso político y económico del país en la región, especialmente frente a su rival histórico, Irán.

En 1514, el sultán otomano Selim –quien se convertiría en califa después de conquistar Egipto– había entendido la importancia geopolítica de una alianza con los kurdos. Al ofrecerles una considerable autonomía interna, obtuvo su apoyo frente al Irán chiita. Esta alianza garantizó tres siglos de paz kurdo-turca y una gran estabilidad regional. Los neo-otomanos que se encuentran en el poder en Ankara, desencantados por la falta de resultados de la política manifiesta de “cero problemas” con vecinos como Siria e Irán y deseosos de ocupar el liderazgo del mundo sunnita, parecen inspirarse en el ejemplo de su ilustre predecesor, cuyo nombre designa el tercer puente sobre el Bósforo. ■

1. Véase François Vitrani, “L’Italie, un État de ‘souveraineté limitée?’”, *Le Monde diplomatique*, París, diciembre de 1990.

2. Véase Alain Gresh, “Turquía en rebelión”, www.eldiplo.org, junio de 2013.

*Presidente del Instituto Kurdo de París.

Traducción: Georgina Fraser